

# La conjura de lo efímero

Lourdes Epstein

*Tal vez algo metafísico sigue hechizando nuestros deseos de disfrutar, como los dioses, de las cosas más excepcionales y más hermosas.*

Lipovetsky

EN CIERTA OBRA DE BORGES, de cuyo nombre es imposible olvidarse, aparece una sentencia que ha rondado mis pensamientos: *en tiempos de auge la conjetura de que la existencia del hombre es una cantidad constante, invariable, puede entristecer o irritar; en tiempos que declinan (como éstos), es la promesa de que ningún oprobio, ninguna calamidad, ningún dictador podrá empobrecernos.*<sup>1</sup> La sola idea de la dependencia entre cómo vivimos el transcurso el tiempo y la percepción que de él tenemos, me lleva a reflexionar sobre el papel central que tiene este parámetro en la comprensión del mundo y en el cómo valoramos la acción humana. El título de esta obra, *Historia de la Eternidad*, guarda la misma aparente contradicción que recogemos en la obra lipovetskiana,<sup>2</sup> en donde parece asomarse una explicación con el augurio de la inevitable empresa humana: por un lado, una primera conciencia de la muerte dará origen a una búsqueda incansable para resolverla, y, en segundo lugar, la intuición de aquello que está más allá del tiempo provocará la necesidad de asirlo mediante nuestras palabras y obras. La combinación de necesidad y la contingencia constitutiva de los asuntos humanos nos lleva por un lado a querer parar el tiempo, pero por otro, a querer salir de él, en la conciencia de que *dentro* no tendremos escapatoria a la muerte. Mientras encontramos a fórmula o la puerta de salida, nos mantenemos contándonos y creándonos a través del lenguaje, con el cual nos localizamos, nos damos

un lugar y sentido. Vencer al tiempo, alcanzar la eternidad parece ser hoy, como siempre, la empresa que la razón occidental ha tejido a través de las diferentes formas culturales, que acomodando a la muerte en cierto lugar, bajo cierta perspectiva, nos hacen tolerable su cercanía. El poder de ciertas narraciones da como resultado la persuasión de que nuestras estructuras simbólicas *contienen* al mundo y nos permiten entendemos a nosotros mismos.

A pesar de la gran transformación de la era moderna y la desmitificación de la cosmovisión que se sigue con ella, la glorificación de la producción del nuevo periodo, no es otra cosa que la reinterpretación de la actividad del trabajo bajo el mismo criterio usado anteriormente: la búsqueda de un patrón de los resultados durables.<sup>3</sup> A diferencia del mundo antiguo, la modernidad ya no espera como resultado de la acción política un conjunto de leyes inmutables, pero seguirá buscando otras formas de conseguir estabilidad. Si ahora, lo que produce la *praxis*—como diría Vico—es *historia*, y no una comunidad, entonces se tendrán que localizar nuevos senderos para alcanzar la solidez que albergará la inestable y mortal criatura que es el ser humano.<sup>4</sup>

Así, aún los grandes reevaluadores del paradigma moderno que consideran la autonomía prometida por la Ilustración como fuerza alienante y a la razón como instrumento causante de plagas como la técnica y el liberalismo económico,<sup>5</sup> conservan el mismo criterio utilizado entonces, a saber que lo que persiste, lo inmutable terrenal es el fin y todo lo demás debe quedar subsumido como medio para conseguirlo. Ya sea una sociedad sin clase o la emergencia del *Urbemensch*, la perspectiva de análisis es la del proyecto que nos conduzca a un producto estable,

comunidad o individuo que han alcanzado un máximo desarrollo o encarnado la Verdad, conclusión del proceso histórico. O salvaguarda de lo efímero, como audazmente plantea Lipovetsky a través de figuras tradicionalmente alejadas de la categorización de lo sublime como lo son la moda y el lujo.

Es como si la condición de lo humano siguiera dependiendo de alcanzar un estado de máxima perfección –el individuo posmoderno diría satisfacción– al tiempo que se aseguran las condiciones para la estabilidad de estas circunstancias. La *vida eterna* en su versión secularizada tiene ahora una nueva cara, la estabilidad, y desde ahí alcanzar ese algo que *se queda* constituye el paradigma que jerarquiza toda actividad humana. Se entiende ahora la afirmación arendtiana de que en la inversión de los sistemas filosóficos o de las jerarquías de valores, el esqueleto conceptual se queda intacto.<sup>6</sup> Pues aunque la *vita contemplativa* del medioevo perdió su lugar preponderante, las razones que la colocaron en el pináculo de la actividad humana, coronaron al trabajo en la era moderna como la forma de vida más excelsa, justamente por lo mismo que llevó a los seres humanos a aspirar a una vida dedicada a la contemplación: la inmortalidad.<sup>7</sup> Podría pensarse que nuestra época ha desechado cualquier pretensión de conquistar el futuro mediante estos paradigmas, pero –según afirma Lipovetsky– también la posmodernidad se reconcilia con los principios base del periodo anterior (democracia, derechos humanos, mercado) reciclando los elementos premodernos que antaño había erradicado.<sup>8</sup> La tarea y potencial riqueza de los seres humanos radica en su habilidad para producir cosas que merezcan ser, y al menos en cierto grado lo sean, imperecederas con el fin de que, a través de dichas cosas, los mortales encontremos nuestro lugar en el cosmos; dejando huella salvamos nuestra mortalidad individual, pues aunque la eternidad sólo es *contemplable*, el anhelo de permanencia nos lleva a una constante búsqueda que el día de hoy ha convertido a la praxis y la acción en asistente de la producción y el trabajo.

Quizá en virtud de este esfuerzo y de los parámetros que lo delimitan, podríamos establecer el cambio conceptual de temporalidad que tanto se ha debatido entre modernidad, posmodernidad y, ahora, la *hipermodernidad*. Y es que si bien el autor de *La era del vacío* no niega que hay un cambio sensible en el siglo XX, que desarticulando las certezas que acompañaron la esperanza en un futuro promisorio, dio como resultado el paso del capitalismo productivo a una economía de consumo y comunicación de masas, la

posmodernidad ha sido solamente un momento de transición, pues el ritmo acelerado con el que se transforma el mundo, no le ha dejado espacio para sentarse en sus laureles: *el pájaro de Minerva anunció el nacimiento de lo posmoderno mientras se bosquejaba ya la hipermodernización del mundo*.<sup>9</sup> La liberación de utopías futuristas de la que sin duda da cuenta la llamada posmodernidad, se retoma inmediatamente por una nueva era que resalta la primacía del aquí y el ahora, pero bajo otro signo pues la modernidad de la que salimos es negadora, mientras que la supermodernidad integra sin destruir el pasado, replanteándolo en el marco de las lógicas modernas del mercado, el consumo y la individualidad.<sup>10</sup>

Ciertamente, es la temporalidad social dominante el criterio que utiliza gran parte de la obra del filósofo francés para ofrecer una interpretación innovadora del presente. Su aportación parece abrir un nuevo camino al menos en dos sentidos. En primer lugar, desde la perspectiva epistemológica, Lipovetsky se niega a considerar confuso el entendimiento de una época por el hecho de que sus estatutos han perdido continuidad: *no cabe afirmar con seguridad que lo que se ha perdido en homogeneidad no se haya ganado en inteligibilidad... las mutaciones en curso son tan profundas que el cruce de las perspectivas y las temporalidades nos ha parecido un buen “método” para volver a dar oxígeno*<sup>11</sup> a un objeto de estudio tan complejo como un individuo que se sitúa entre lo remoto y lo próximo, lo estructural y lo efímero, lo teórico y lo empírico. Lo que sí parece rechazar es el regreso a nuevas ortodoxias, ya sean religiosas o científicas, pues la integración de la que quiere dar cuenta en los tiempos hipermodernos, es posible si y sólo si, rechazamos toda interpretación unívoca de la realidad que identifica lo representado con la representación. La conciencia de la complejidad de este escenario de descomposición nos mueve a reconocer la multiplicidad del espíritu humano y la necesidad de traducir constantemente entre lenguajes científicos y líricos. Es, sin duda, una invitación a reconocer nuestra tendencia a acomodarnos fácilmente con versiones literales del mundo, desde donde se nos recuerda la necesidad de abrir constantemente los ojos para alimentar el asombro y la curiosidad. Nos preguntamos si una visión con menos expectativas metodológicas de precisión, pudiera develar nuestra verdadera condición, de tal manera que puestos frente a la ineludible vulnerabilidad nos dispongamos positivamente a aceptar el conflicto como condición de lo humano. Con Lipovetsky, dejamos abierta la puerta que conduce a resistir formas de dominio que se disfrazan

de ofertas convenientes y, más aún, la terrible tentación de perdurar a cambio de no elegir.

Desde la perspectiva axiológica, podemos decir que nuestro autor ofrece una segunda manera de renovar nuestra visión del presente al rechazar la satanización de las coordenadas de la hipermodernidad; considera que el funcionamiento básico del individuo personalizado mantiene en esencia los mismos principios y aspiraciones básicas de la modernidad y que, aún incluso, la antigüedad. No se niegan las diferencias si pensamos en la *neofilia* posmoderna, pues a pesar de que no todo funciona hoy día con exceso, nada está ya a salvo de las lógicas de lo extremo ¿Hasta dónde la exaltación del cambio, de la reforma de la adaptación desprovista de horizonte de confianza y de grandes concepciones históricas<sup>12</sup> puede representar una continuidad con las líneas y proyectos de aséptica modernidad?

Paradójicamente es desde el análisis arqueológico del lujo que Lipovetsky se atreve a plantear uno de los axiomas de la conducta humana, que a pesar de sus profundas transformaciones, nos revela una faceta intemporal de lo humano: su aspiración de trascendencia. Y es que desde el inicio de lo que llamamos civilización, la relación de los hombres con lo sobrenatural viene estructurada por las lógicas de alianza y de reciprocidad. La lógica de la alianza es sustituida -según el filósofo francés- por un orden del mundo más jerarquizado, en donde el lujo será el eco de ese cosmos teológico-político.<sup>13</sup> Más adelante, cuando el lujo queda emancipado del vínculo con lo sagrado y el orden jerárquico hereditario, se convertirá en símbolo de la revolución de la igualdad moderna como derecho inalienable. Si bien hoy en día, el lujo asociado a técnicas mágicas orientadas hacia la conquista de la eternidad se



han eclipsado en provecho del mero consumo como forma de “ocupar” el tiempo, por su relación con la continuidad y con el “fuera de tiempo” el lujo de hoy presenta analogías con el pensamiento mítico. Por eso Lipovetsky apuesta a que las sociedades que ven cómo se desencadena la fiebre de la renovación y la obsolescencia acelerada de los productos y de los signos, buscan para equilibrarse una nueva intemporalidad de bienes que escapen a la impermanencia y a la universalidad de lo desechable.<sup>14</sup> Esta nueva afición con las raíces denuncia lo que planteaba al principio de este ensayo, pero sobretodo muestra un rostro más humano del caos de la prisa y la virtualidad. Es a través del lujo que se manifiesta nuestro deseo de eternidad y desde dónde nos podemos sentir complacidos de mostrarnos en sociedad, intercambiar beneficios eficientemente y conjurar la destrucción desde el deseo de conservación.

He querido justificar ante todo la perspectiva neutral, por no decir optimista de la propuesta lipovetskiana. Sin duda la lectura aislada de alguna de sus obras no es suficiente para dar solidez a este intento. Con todo, considero que la consideración cruzada de *El lujo eterno* y *Los tiempos hipermodernos* nos permite profundizar en esta especie de prólogo para una era desmitificada, más no carente de sentido. Se ha puesto de relieve la capacidad creadora de nuestro uso del tiempo, y si bien esta *poiesis* ya no se adjudica a la divinidad, deja abierto el espacio desde donde podemos seguir reflexionando sobre nuestras aspiraciones metafísicas. Que el centro de gravedad temporal de nuestras sociedades se haya trasladado del futuro al presente<sup>15</sup> no elimina *per se* la posibilidad de la felicidad privada que se gesta en el éxtasis de la novedad perpetua. ¿Cabe en esta perspectiva una consideración de tipo ético que indague acerca del futuro de la acción colectiva vs. la consagración hedonista del proceso de personalización? Se puede prever que mientras las inquietudes del porvenir remplazan a la mística del progreso, no pudiendo echar ya mano de narcóticos dogmáticos, una nueva axiología emerja del augurio de poder ser eficazmente responsables del porvenir, en la medida en que podamos vernos lejos de complacencias apocalípticas, como diría Lipovetsky. La era de la prisa es también la era de la democratización de las tecnologías del bienestar, en donde dos tendencias coexisten: la desmaterialización de los placeres y su contraparte, la estatización de los goces;

apareamiento de contrarios que intensifica dos principios fundamentales: la conquista de la eficacia y el ideal de la felicidad en la tierra.<sup>16</sup> Una ética que se vuelva a enraizar en la genealogía de lo humano, que recorra el tiempo para descubrir qué es lo que siempre está presente, puede dar cuenta, con mayor fidelidad, de las condiciones de posibilidad de una maduración responsable del individuo narcisista frente al despertar de una nueva espiritualidad y una nueva demanda de identidad. •

#### Notas

<sup>1</sup> Borges, J.L. (2005): *Historia de la Eternidad*. Buenos Aires: Emecé Editores, p. 105.

<sup>2</sup> Me referiré en este ensayo en particular a dos de sus obras: Lipovetsky, G. (2004): *El lujo eterno*, y (2006): *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.

<sup>3</sup> Hannah Arendt introduce una innovadora visión para entender cómo en la interpretación marxista, lo político queda a expensas de la actividad económica, de la que surgen productos fiables. Arendt, H. (1993): *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

<sup>4</sup> Arendt, H. (1993): *op. cit.* p. 157.

<sup>5</sup> Charles, S. (2004): El individualismo paradójico, en *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama. p. 16.

<sup>6</sup> Arendt, H. (1993): *Op. cit.*, p. 91.

<sup>7</sup> Resulta pertinente en este momento una aclaración, ya que si bien al principio de este trabajo se utilizó el concepto de eternidad, el de inmortalidad es más afín a la propuesta arendtiana; para nuestra autora la publicidad es la forma que la antigüedad utilizó para abstraerse del tiempo en forma de garantía contra la futilidad de la vida individual, una inmortalidad o permanencia terrena fruto del reconocimiento. Sin embargo, el medioevo transformó ese anhelo humano en aras de lo sagrado, convirtiéndolo en eternidad. Así, cuando llega la modernidad, ambos conceptos quedan eclipsados por la pérdida de preocupación metafísica: como dice Arendt en *La condición humana*, bajo las condiciones modernas resulta tan improbable que alguien aspire seriamente a la inmortalidad terrena, que está justificado pensar que sólo se trata de vanidad.

<sup>8</sup> Lipovetsky, G. (2006): *Op. cit.*, p. 60.

<sup>9</sup> Lipovetsky, G. (2006): *Op. cit.*, p. 55.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>11</sup> Lipovetsky, G. (2004): *Op. cit.*, p. 9.

<sup>12</sup> Lipovetsky, G. (2006): *Op. cit.*, p. 59.

<sup>13</sup> Lipovetsky, G. (2004): *Op. cit.*, pp. 32-33.

<sup>14</sup> Lipovetsky, G. (2004): *Op. cit.*, pp. 96-97.

<sup>15</sup> Lipovetsky, G. (2006): *Op. cit.*, p. 62.

<sup>16</sup> Lipovetsky, G. (2006): *Op. cit.*, pp. 85-86.